

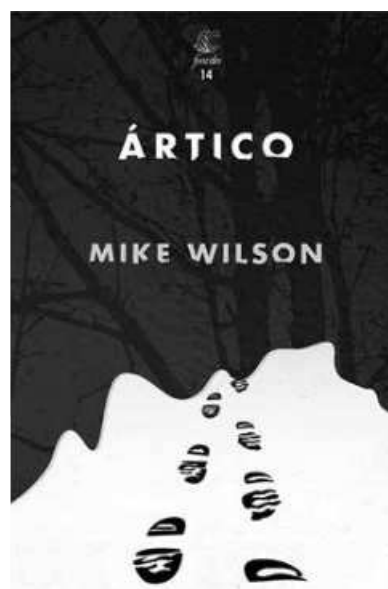
## **Ártico, la escritura de otra masculinidad. Mike Wilson. Buenos Aires: Fiordo, 2017.**

**Por Daniel Plaza**

Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación  
daniel.plaza@umce.cl

La reciente novelística de Mike Wilson escapa a todo tipo de clasificación. Considerando las líneas de ordenamiento de la crítica, es evidente que la obra de este autor queda fuera de los parámetros establecidos. En primera instancia, habría que decir que *Ártico* impone la obligación de ser mirada desde otro ángulo. Los elementos que pone en juego la diferencian de lo que hasta ahora se conoce dentro de la narrativa reciente. La obra de Mike Wilson demanda la revisión de diversos aspectos y el desafío de articularla a los circuitos de producción, desde una perspectiva diferente. Con este afán, y dentro del marco de este trabajo, interesa subrayar algunos de aquellos elementos.

Respecto de algunas de esas particularidades, la primera que destaca es el recurso de la enumeración, como estrategia de escritura. Así como lo señala la contratapa del libro, "Ártico es un inventario de impresiones, una *nouvelle* en verso, un poema largo, una lista". Lo que uno observa es que por sus páginas se despliegan las imágenes que evocan otros tiempos, una presencia, un estado de abandono en el presente narrado por el protagonista. El universo que va configurándose, a medida que se enumera, alude a un hombre que deambula por un zoológico abandonado, preso del recuerdo y de la constatación de algo ido. Y para dar cuenta de aquello va armando una especie de listado de lo que ve, siente, observa, sucede. La lista como recurso es el mecanismo que le permite ir reuniendo las piezas para organizar un mundo particular que refiere a un pasado inaccesible:



Se alza un papelito  
Lo rescato del viento  
Es un duplicado  
Copia carbónica  
De una lista  
Escrita a mano  
Trazos azulinos  
Manchas del carbónico  
Un par de huellas digitales  
Dice cosas (22)

Con esta imagen se abre el juego de la escritura. Entonces da cabida al recurso de la enumeración y el protagonista elabora una lista que configura su mundo, el espacio y tiempo en el que se encuentra:

En el barro  
Hay flamencos de utilería  
Me pregunto si son coherentes  
Hipopótamos con flamencos  
Pienso que no sabían de aves  
Pingüinos de yeso  
Flamencos de plástico  
Como flores sintéticas  
En un invernadero (18)

Al proseguir esta suerte de enumeraciones construye el universo por vía de la yuxtaposición de imágenes. Y al enumerar los elementos opera una suerte de acumulación, la que al final de cuentas configura el espesor del relato. Hacer esto le supone internarse en los límites de su actual estado y se aferra a la realidad mediante la única vía posible: enumerando. Y precisamente, porque esta obra tiene mucho que decir respecto de los límites, es que el segundo aspecto a tener en cuenta se relaciona con la cuestión de los límites del género, el modo cómo tensiona los parámetros que distinguen a la narrativa de la poesía. ¿Ante qué estamos presentes? ¿Es una novela, un poema largo, una *nouvelle* en verso, como dice la contratapa, un listado? ¿Cómo leerlo? Evidentemente esta

es una cuestión en la que la obra no se detiene. Y muy por el contrario, desafía nuestra lectura dando expresión a la voz que enumera el mundo. Llevar a cabo dicha operación supone un despliegue en la página, una suerte de acumulación de imágenes que van sumándose por medio de pequeños fragmentos, los que arman una composición, composición que pudiera leerse eventualmente en versos. Y esto es posible porque pareciera que rozamos la suma de unas líneas de un largo poema, a veces, y en otros casos, presenciamos cómo la forma es superada por el predominio de lo narrativo, dando fuerza al espacio del relato:

Duermo  
Creo  
Unos segundos  
Quizás minutos  
El guardia azul no regresa  
El frío me despierta  
Más penetrante  
Agudo  
Me alzo (33)

O en este otro caso, donde el verso adquiere una intensidad poética que dibuja el mundo del protagonista:

Te pienso  
Respirando  
Tus respiros  
Vapores en el invierno  
Circulan blancos  
De tu boca  
Al cielo  
Tus ojos se nublan  
Bocanadas pálidas (48)

No importa mucho al parecer la pregunta por la diferencia entre un género y otro. Indistintamente, en diversos momentos, hay trazos del texto en que predomina lo poético o lo narrativo. Las formas

son tensionadas y puestas al servicio de lo que interesa: expresar para configurar el mundo, el universo en el que el protagonista desnuda la situación en la que se encuentra y que lo conecta con su presente, un presente en el que la ausencia y la presencia operan como mecanismos articuladores de la realidad. Queda entonces la pregunta. ¿Cómo denominar a la voz que enuncia? ¿Habla? ¿Voz poética? ¿Narrador? *Ártico* indiscutiblemente deja expuestas estas interrogantes. Y si incomoda no es por el afán de hacerlo, sino porque le interesa hallar los medios para canalizar la interioridad del individuo, la que se hace en el acto de enumerar el mundo.

Y esto último precisamente es lo que tiene que ver con el tercer aspecto. Si como ha dicho Agamben<sup>1</sup>, el hombre contemporáneo ha sido expropiado de su experiencia y ha quedado signado por la incapacidad de tener y transmitir experiencias, lo cierto es que *Ártico* pareciera intentar romper esta imposibilidad y recurre al acto de enumerar para *decir* las cosas del mundo y así conquistar un universo, donde poder acceder a la experiencia. Enumerar es más que un artilugio de la escritura. Se enumera porque es el recurso posible que le permite abrirse a las evocaciones y al momento que vive el protagonista. Enumerar es la única forma posible de *decir*, es lo que le permite configurarse como individuo en su experiencia:

Me hago consciente  
Del presente

---

<sup>1</sup> Agamben, G. *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2004.

Como nunca antes  
De un momento  
Cristalino  
La noria reanuda  
Desciende  
De este lado de la rueda  
Puedo ver el océano  
Remoto y gris  
Se hincha y ondula  
Truena contra la costa  
Es un espejo  
Una copia carbónica  
Del sobrevuelo  
De la tempestad (24)

Y a partir de esta afirmación, en su mundo ya configurado, agrega:

Me acuerdo de ti  
Por primera vez en años  
Regresas a mí  
En ese reflejo verde  
En un zoo desolado  
Y vuelvo a sentirme abatido  
Fracturado  
Anhelándote (26)

A partir de esta declaración emerge la imagen que condensa el relato. En el acto enumerativo del protagonista surge la pérdida como huella indisoluble de su estado: un amor ido, las imágenes borroneadas de una mujer ausente que el tiempo ha traído de regreso, nada más que para remarcar en él la pérdida. Sí, la pérdida, pero también la huella inexorable, presente, de esa ausencia, que es lo que evoca y remarca el acto enumerativo al que recurre. Si deambula a la deriva entre las instalaciones abandonadas del lugar, es para poder vivenciar entre los vestigios aquello que alguna vez existió y lo redimió:

Quiero verte  
Me pregunto si sigues ahí  
En ese barrio  
En esa casa  
De hace tantos años

Vivías en la orilla  
De la ciudad  
Llego caminando  
Debería acordarme  
No es muy lejos  
Me acuerdo  
En las noches  
Podíamos ver  
De tu ventana (30)

Enumerar y evocar la ausencia es acceder a la experiencia, o el intento de acceder a ella. En su fractura, la constatación de la pérdida, se adentra en la posibilidad de reconectarse con lo ido. La ausencia de la mujer, del amor perdido, se convierte en presencia mediante el acto de nombrar (enumerar) la ausencia.

Hace tanto  
Noches  
Y días  
Pensándote  
Algo en mí  
Expiró  
Y creí apagarte  
Dejé de hablarlo  
Nadie quería saber  
Ya no más  
Mi cansancio  
Era una peste  
En los oídos  
De los ciudadanos  
Quise la soledad (50-51)

Si lo planteado por Agamben apunta a esta imposibilidad de la experiencia, el protagonista recurre a la evocación por vía del listado para acceder a la ausencia. El lenguaje se convierte, así, en fuente primaria. Permite el acceso al presente y, ya que no hay más, salvo la alternativa de nombrar la ausencia, el listado es el recurso por excelencia para hacer del lenguaje el único mecanismo que *dice* la pérdida.

Y yo me extravió  
Buscándote

Mirándote  
No mirándome  
Y siento la soledad  
Porque en ese momento  
En esa galería  
Enfrente de esa máquina  
Tú jugabas (54)

Y de esta forma, en la medida en que prosigue el registro, va reelaborando la ausencia del amor y se hace en la presencia de aquello. Nombrar se torna decisivo. Es lo que lo rescata de la pérdida inexorable. En el lenguaje escapa a lo que ya no existe, a lo innombrable. Y por eso, en el cierre del relato, cuando el protagonista ya casi sucumbe, asistimos a esta operación que realza la ausencia como recurso vivencial de la experiencia:

Ya no siento mi pecho  
Ni mis respiros  
Trato de mantenerte  
En mi mente  
Eres una luz tenue  
Que huye  
Un trazo elusivo  
Que tenía tu forma  
Pero no permanece  
Apenas un contorno  
Que se aleja  
Por los paisajes remotos (83)

La pérdida como posibilidad de acceder a lo vivencial, hace del lenguaje la fuente matriz de la experiencia. El juego que articula *Ártico* convierte al individuo en hombre que se hace –incluso en el límite de su ocaso–, en sujeto de su propia experiencia, aquello que le permite acceder, por el acto de nombrarla (o enumerarla), a la ausencia.

Dicho lo anterior, es necesario referirse al cuarto aspecto. Si de experiencia se trata, lo que esta obra levanta como propuesta

diferenciadora es lo que dice relación con el delineamiento de una sensibilidad masculina. El gesto que articula, al darle cabida a una expresión que pocas veces se observa en la literatura actual, no deja de ser novedoso. El acto enumerativo no es un recurso para registrar la presencia del amor ido, sino la ausencia del mismo. Y al recurrir a esta estrategia, se produce la materialización de una sensibilidad diferente. El sujeto que siente la pérdida, vive esta experiencia desde la perspectiva del hombre que la registra, hecho que es más que destacable, porque el acto mismo proyecta un gesto estético-político en el que es necesario detenerse. Si ante las lógicas patriarcales ha quedado visibilizado el sentir de la mujer –cuando se lo quiere revisar–, de la misma forma la consecuencia opuesta ha sido la de negar o invisibilizar la sensibilidad masculina. En contraposición a esto, *Ártico* intenta narrarla o registrarla. El gesto que propone, desde este punto de vista, elude los lugares comunes y ya no es el hombre resentido, receloso, encaprichado contra la mujer o el hombre silencioso que no dice. Es un sujeto que vive la pérdida y se encuentra consigo mismo en la aventura de transitar por sitios abandonados para reencontrarse con la ausencia que puede nombrarse. Ante el enajenamiento, la vivencia en plenitud de la ausencia, la sensibilidad masculina en un registro expresivo diferente.

*Ártico* se levanta como una propuesta que no deja de ser un desafío. Si vivimos en tiempos en que la tristeza de los seres humanos, el duelo, han ido siendo reemplazados por la enajenación, por el escape del individuo de sí mismo –sea cuales sean las vías para hacerlo–, aquí el sujeto retorna

al lugar y enumera para encontrar la ausencia y constituirse ahí en él mismo.

Este gesto ya lo había realizado antes Mike Wilson, en *Leñador*<sup>2</sup>. En esa anterior novela el protagonista se aleja del mundo y a partir de una experiencia de soledad, se reelabora en ella. El mecanismo utilizado en ese caso fue la descripción.

Los alcances de una propuesta literaria como esta no pasan inadvertidos. Si con frecuencia asistimos al espectáculo del sentir, con la gente recurriendo a diversos mecanismos de evasión con tal de no vivenciar el duelo o cualquier forma de pérdida, aquí ocurre precisamente lo contrario. Ante la espectacularización de la intimidad, el exhibicionismo de lo propio puesto al servicio de la vista voyeur de los otros, la obra de Mike Wilson pone en escena otros mecanismos, el retiro, el gesto íntimo, la soledad. De esta forma, escapa a los lugares comunes y propone la expresividad de un hombre que se reencuentra en las evocaciones de un pasado irredimible. Así, ofrece en su materia la experiencia humana, que en vez de acudir a los medios de negación de la vivencia, convierte al individuo en sujeto de su experiencia, el que se hace consciente de sus actos en la medida en que nombra, enumera el mundo, para reelaborarse en él.

---

<sup>2</sup> Wilson, M. *Leñador*. Buenos Aires: Fiordo, 2016.